

EDIMBURGO

Parto del aeropuerto de Santiago de Compostela para dormir en Madrid, con demora como tantas otras veces. La próxima vez ya lo haré desde la nueva y espléndida terminal. Al día siguiente, muy temprano, salgo hacia Glasgow para asistir a una reunión, escasamente motivado, si no fuera por el ánimo que me depara la sola posibilidad de poder acercarme hasta Edimburgo. Como tuve que hacer escala en Londres, el viaje resultó bastante pesado. Al llegar, por fin, a mi destino, me encontré con un tiempo sorprendentemente benigno para estos parajes en esta época del año (el mejor desde el año 1985, como escuché por la televisión), que ya me acompañó prácticamente el resto de los días. La ciudad de Glasgow diría que es bastante anodina, renovada sí y hasta pujante, pero carente de especiales atractivos. A mi modo de ver, si excluimos la catedral (mal llamada así), en cuyas vidrieras se me apareció, de repente, la imagen de Saint James (nuestro Santiago, el apóstol), y, desde luego, el próximo cementerio, poco más resulta digno de visitar. Se encuentra éste último situado sobre una colina, emplazamiento que, junto con los monumentos funerarios, le confiere al lugar unas características especiales. Pero con tan pobre cosecha, eso nada más, no voy



a negar que hubiera regresado verdaderamente insatisfecho. ¿Razones? Dos, para mí trascendentes. La sensación de un volver con las manos vacías, sin ningún bagaje cultural importante que meter en las alforjas de mis andares por los distintos lugares del mundo a lo largo de mi vida y porque no hubiera atendido a una tentación insuperable que me obligaba a hacerlo: retornar a mi pasado. Así que, antes de regresar a mi cotidianidad y a mis eventuales posibilidades de futuro, aunque sólo fuera por un día y, en realidad ni eso siquiera, tomé el tren y me acerqué hasta Edimburgo, la tierra del filósofo David Hume, del científico e inventor Alexander Graham Bell, del político Tony Blair, del escritor Sir Arthur Conan Doyle, del escritor Robert Louis Stevenson y de Sir Walter Scott, entre otros hombres importantes, que ya no está nada mal, para hacer una visita a esta ciudad que había conocido un mes de agosto de hace nada menos que casi unos cuarenta años. Por aquellos tiempos esta ciudad

todavía no se había visto inundada por los turistas ni era marco de las múltiples demostraciones artísticas que hoy han tomado sus calles empedradas ni poseía el título, concedido en el año 2005, de primera Ciudad de la Literatura de la UNESCO. Nunca había vuelto a reencontrarme con ella, lo cual me estaba generando ya cierta desazón. Tenía que volver. Lo necesitaba, sin saber muy bien por qué. Quizá fuese que aquella primera vez me había impactado tanto, que necesitaba comprobar que ese recuerdo era real y no una jugarreta de las que tantas veces me depara mi descontrolada imaginación. Ha pasado mucho tiempo, es cierto, pero en mi memoria persistían extraordinariamente vivas dos imágenes que ahora, de nuevo aquí, puedo comprobar que se mantienen casi inalterables. Una de ellas es la del monumento a Walter Scott, con sus 61 metros de altura, y cuya esbelta figura fue lo que inicialmente me llamó la atención aquella primera vez; la segunda, la visión impresionante desde la Princes Street, la misma calle

donde se encuentra este templo neogótico dedicado al escritor escocés más famoso, de la parte vieja de la ciudad. Allí, jardín por medio y en el que comienzan a insinuarse los cambios de un otoño todavía inusitadamente suave, se alza el Castillo de Edimburgo, antigua fortaleza situada en el punto más alto de una cumbre volcánica llamada Castle Rock, como si de otro mundo se tratara: inexpugnable, lejano. Cruzó el Waverley bridge y después de caminar por un estrecho pasadizo termino desembocando en el cruce entre las calles High Street y la Royal Mile. Avanzo por la primera de ellas hasta llegar al Edinburgh Castle, donde me encuentro con que para entrar hay que pagar. Merece la



pena el precio, más que nada por el espectáculo que desde él podemos contemplar; el interior en sí mismo me atrevería a decir que hasta puede resultar prescindible, casi todo demasiado artificial, descaradamente añadido. En cambio, las vistas que podemos disfrutar desde su interior son magníficas, sobre todo la visión de la Old Town (la ciudad vieja), que se estira a lo largo de la Royal Mile hasta llegar al Palacio de Hollyroodhouse, famoso por haber

sido la residencia de la reina María I de Escocia, conocida por su turbulento reinado. Salgo, después de concluir que he perdido demasiado tiempo visitando la capilla de Santa Margarita, el cañón Mons Meg, la joyas de la corona y las prisiones de guerra, y recorro esta calle, volviendo sobre mis pasos a la hora de comer, para hacerlo en el restaurante The Tower (situado en el National Museum of Scotland, Chambers Street) francamente bien y donde me doy el capricho de probar el plato típico escocés más conocido, el *haggis*, muy condimentado, de sabor intenso y no apto para todos los estómagos. Finalizada la comida regreso a la parte nueva de la ciudad y desemboco de nuevo en Princes Street, la arteria comercial de la ciudad, hoy herida en sus entrañas y descaradamente entorpecida por las “eternas” obras necesarias para instalar un metro que probablemente no aporte ninguna ventaja trascendente para sus ciudadanos, y en la que se encuentra el hotel Balmoral, con mucho el más lujoso de la ciudad, sitio ideal para tomar el tradicional té de la tarde. No dispuse de tiempo para refrescar otros recuerdos, como hubiera deseado. No me fue posible visitar el Jardín Botánico, uno de los más hermosos del mundo, del que guardo viejas fotografías de flores acuáticas gigantes, que dan fe de cuando lo visité con una amiga escocesa, de Newcastle, de la que nunca he vuelto a tener noticias, porque no siempre es posible regresar a lo vivido, y menos a las experiencias y sensaciones de las primeras veces, tan inolvidables algunas que hasta nos podemos pasar la vida intentando inútilmente recuperarlas. Tampoco pude adquirir un libro muy especial para mí, ya que me dijeron que todavía no disponían de él, *The Narrative of John Smith*, una “perdida” primera novela de Arthur Conan Doyle que vio la luz en estos mismos días por primera vez, 128 años después de haber sido escrita. Hubiera sido lo más definitivo de este viaje, volver a un genuino pasado, a la inicial experiencia literaria del creador del detective más famoso de todos los tiempos: Sherlock Holmes. Encomendaré a alguien que indague y me lo haga llegar. Eso sí, ya no será lo mismo, como tampoco Edimburgo y todo lo que me deparó lo han sido. Sólo las primeras veces suelen ser las verdaderamente inolvidables.